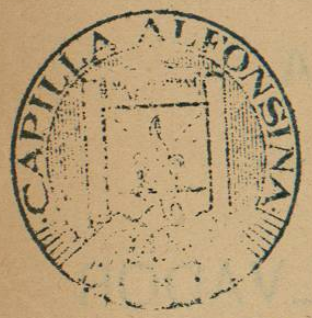
PQ6633
.I5
R6



FONDO EMITERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Es propiedad. — Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA RONDEÑA (*)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

A Emilia Pardo Bazán.

La tarde era de las bochornosas de Julio y se cerraba en nubarrones de tormenta que anticipaban la noche. Viento huracanado arremolinaba la tierra y los papeles en las calles y entrábase bramando por las profundidades del famoso Tajo rondeño: y por las crestería de la sierra veíanse rebrillar remotos fusilazos.

Cerca de la enorme cortadura que parte en dos á la enriscada *Ronda fidelis et fortis,* separando el moderno y alegre Mercadillo de la vetusta Ciudad, como allí la llaman, á la entrada de ésta y en la boca de una calleja estrechísima hablaban queda y apresuradamente una mujer y un hombre. Él alto, enjuto, nervioso, cimbreante, gitanesco de ademanes y figura, aborrascado de barbas y pelos, bronceado de tez, ronco y aguardentoso de voz, torvo en el mirar y en el hablar intencionadamente roncero, ambiguo y sentencioso; hombre, en fin, en-

(*) Este cuento fue traducido al francés por Mr. René Halphen y publicado sucesivamente en la *Simple Revue,* de París, y en *L'Union* de Niza.

010443

tre héroe y presidiario, que tenía ímpetus de toro, huidas de pantera, blanduras de gato y perfidias y elasticidades de serpiente, como que era no menos que el famoso *tigre del Gaucín,* terror de aquella serranía. Ella alta, arrogante de líneas y de presencia, morena descolorida, de abrasadores ojos realzados por misteriosos halos violáceos, frondoso pelo encrespado en profundas ondas de rieles grisáceos y azulinos, calenturienta boca y armoniosos movimientos; hermosísima y perturbadora como envuelta en aura prestigiosa que envenenaba y enloquecía. Por algo la llamaban en Ronda *la Diosa,* y en toda la serranía *la Rondeña*, y por algo tuvo trastornados á todos los mozos de la provincia.

—¡No me quieres, traidora—suspiraba *el tigre,* con verdadera, amargura—no me quieres, que si me quisieras...!

—¿Qué?

—Te vendrías conmigo.

—Porque te quiero no me voy.

—¡Porque me quieres...! ¿Estás loca?

—Porque quiero tu vida ¿lo oyes? porque sé que Juan que conoce la sierra como su mano y se llevaría á su gente, y Curro que me quiere como un loco, es bravo como un león y manda ocho valientes que se saben de memoria esos montes, porque sé que esos alanos harían lo que no han hecho los civiles, por eso no te sigo.

—¿Pero tú te piensas que es nasío el hombre que á mi me pueda, tonta? ¡Y más teniéndote conmigo!

—No te emperres, Mariano, que no ha de ser.

—¡Lo estás viendo, gitana, cómo me engañas á mí como á los demás!

—¡Qué poco me conoses, niño! Yo no pueo engañarte, porque el hombre mío eres tú, y la mujé pa ti soy yo, porque si tú nasiste tigre yo nasí leona, y si tú te creses al castigo, yo me cresco al mirar de tus ojos; y me jartan las mieles y me empacha Juan, y me cansa er mundo, y no quió hombres que me suspiren, sino fieras que me bramen, pa tené el gusto de domarlas como á ti, y amarrarlas á mis pies con un pelo de mi cabeza.

—¡Y tan amarrao como me tienes, Rondeña mía! ¡Pero po lo mesmo, no te dejo; vente, vente!

—¡No, no, suértame las manos!

—¡Ar fin, jembra!

—¡Calla!—quedándose como suspensa; después con repentino arranque:—¡Pa que veas si te quiero, te juro que esta noche te sigo!

—¡Ahora, ahora, vámonos, que me estoy jugando la cabeza por mirarte!

—¡No, ahora no, esta madrugá; si me quieres, vé á las dos por el corral, ten la jaca á la regüerta der camino; y aunque se junda er sielo á rayos, te juro que me voy contigo! ¡Y juye, que viene gente!

—Me voy, sí; pero mira que iré y ¡ay si no me aguardas!—rugió el tigre, y huyó á todo correr en busca de su más cercana guarida de la sierra; y la Rondeña se encontró de frente con Curro, que era el que por la calle bajaba.

—¿Ya me vienes persiguiendo?

—¡No te persigo, Antonia; te sigo como la sombra ar cuerpo, te sigo porque me tienes jechisao y muerto y loco. .!

—Déjame, que ya habrá güerto mi marío con su recua.

—¿Por qué escogiste á Juan entre tantos como te queríamos?

—Por güen moso, ya lo sabes; porque era el mejó moso de Ronda.

—¡Un jarriero, un naide, pa una diosa como tú!

—¡Fantesioso!

—¿Y no soy yo la mejor escopeta de la serranía, no me temen los hombres, no me quieren las mujeres?

—Ya sabemos que eres el rey de los contrabandistas; pero déjame pasar.

—¡Dime antes si me quieres!

—Y si te quisiera... ¿qué?

Y hablaron aún breve rato, pero empeñada y vivamente, y convinieron en algo, porque él le dijo en alta voz al dejarle paso libre:

—A las doce: ¡seré fijo como el reló!

Y se separaron.

II

Iban á dar las doce; y en la sala baja, blanqueada y limpia de su casa, velaba Antonia, que á pretexto de acabar una falda para lucirla en misa al día siguiente, domingo, no había querido acostarse. Por todo el anfiteatro de montañas que cercan á Ronda retumbaban con bárbaros estampidos y prolongados ecos los truenos de la tempestad que se venía encima; y los relámpagos eran tan vivos, que con lo que de ellos entraba por las rendijas de la ventana inundábase en súbitos livores la sala mal alumbrada por el mechero del velón de Lucena que

ardía en la mesa entre los avíos de costura de Antonia y las agujas y chismes de enjalmar de Juan, cuyos robustos y acompasados ronquidos oíanse á través de las cortinas blancas de la alcoba del matrimonio.

¡Extraño y elocuente diálogo el de la tempestad furiosa con el sonoro y apacible dormir del arriero! Aquel hombre, de fisiología enérgica y de alma sana, cobrábase largamente del duro trabajar con el sueño profundísimo; y en su hondo roncar, expresión de animalidad poderosa y de tranquila conciencia, revelábase todo su sér.

El de Antonia, en cambio, era la lucha; y al verla insomne y exaltada en medio de la tormenta, creeríase que el tronar y relampaguear crecientes no eran sino prolongación de la tempestad de su alma. Pero los ronquidos de Juan parecían estremecerla más que las estridentes descargas eléctricas, y su alto seno se alzaba con ritmo agitado y desigual, y las nerviosas alas de su nariz temblaban al alentar afanoso.

De pronto alargó la fina cabeza, como quien escucha; y en efecto, hacia el corral sonaron dos silbidos bajos y prolongados. Antonia se levantó ágilmente; fuese á obscuras hasta el soportal empedrado que precedía al corral, pasadizo entre cuadra y almacén, donde el arriero colgaba las jalmas y aparejos, y amontonaba la paja y estiércol de sus bestias: tomó de un rincón un farolillo, encendiólo, y, dejándolo sobre la boca de un cántaro, salió al corral sin más luz que la terrible y ya casi continua de los relámpagos; preguntó por la rejilla de la puerta:

—¿Eres tú?

Respondióle una voz varonil:

—Abre, morena.

Descorrió ella los cerrojos y entró el gallardo Curro. Cuando atravesaban el corral caían ya gruesos goterones de lluvia, introducción de la tormenta.

Una vez en el soportal de las jalmas, Antonia y Curro hablaron bajo y afanosamente.

—Ya ves si te quiero—decía él,—que cuando se trata de ti nada me ataja... pero tocante á lo que me dijiste esta tarde... tocante á eso, morena, no hay ná.

—¡Cómo que ná! ¿Por qué?

—¡Porque tengo una madre vieja y honrá á quien darle sombra, y porque soy contrabandista, pero no asesino!

—¡Quié desí que t'achicas, que t'acobardas y que eres un mandria!

—¡Antonia!

—¡Pues vete, fuera, largo! ¿Pa qué quió yo un hombre que ni hombre es siquiera!

—¡Rondeña...! ¿Qué me has dicho?

—¡La Rondeña nasió pa hombres con reaño, que por eya vayan jasta el infierno y no se paren á la puerta! ¡Vete, cobarde!

—¡No me pierdas, Antonia! ¡No me eches esos ojos!

—¡Si fueras hombre, te miraría yo así, así!—acercándose á él, cogiéndole la cabeza y mirándole fascinadoramente á los ojos.—¡Y te querría como tú no has soñao que se puea queré en el mundo!

—¡Antonia, Antonia! ¡Vamos donde tú quieras, que m'as vuelto loco! ¡Pero, anda, no me dejes pensarlo!

Y Antonia guió, y Curro entró como ráfaga de huracán, y su cuchillo de contrabandista cayó como un rayo en el corazón del arriero, que no dijo ni ¡ay!

Apenas consumado el crimen, Curro se quedó helado, lívido, cadavérico; Antonia, fría, impasible, tuvo alma para vestir el cuerpo, aún caliente y palpitante, de su esposo, el cuerpo que manaba torrentes de sangre cálida, con el traje que usaba él á diario: tomó del soportal un gran saco de los muchos que traía el arriero de vacío en sus viajes, y con ayuda del aterrado mozo, arrojó en él el cadáver, teniendo la precaución de meter también el sombrero, los zapatos y la faja de Juan; y lleno el saco, atólo por la boca, lo cargó ágilmente sobre las espaldas de Curro, que de puro desconcertado no osaba ni oponer resistencia, y acercándose á la mesa tomó una de las grandes agujas de enjalmar y dijo al contrabandista:

—Aguarda, que se descose con el peso.

Dió unas puntadas sólidas y apretadas, como maestra en aquellos burdos cosidos, y dijo á Curro con imperio irresistible:

—Ahora al Tajo; tomas vuelo, y ¡zás! ¡á fondo!... ¡Y luego soy tuya!

Cuando se quedó sola, sin atropellos ni sobresaltos, con serenidad glacial y pasmoso dominio propio y soltura de movimientos, despojó la cama de las ensangrentadas sábanas y lavólas en lejía caliente de un caldero, que, sin duda previsoramente, hervía en un fuego de *pitacos* en un rincón de la terriza cocina; sacó del colchón toda la lana ensangrentada y arrojóla en aquel fuego, sin cuidarse del asfixiante humo

que aquello producía; rellenó con el contenido de unas almohadas viejas el saqueado colchón, vistió de limpias ropas el lecho, lavó el suelo, ordenó los muebles; y borrada toda huella del crimen, recogió en un pañolón sus mejores galas, sus joyas y cuanto dinero y prendas de valor había en la casa, y sentóse á esperar, segura de que el esperado no faltaría á la cita.

III

Entretanto, ¿qué había sido de Curro? ¿Por qué no volvía?

Cuando el trastornado mozo salió con vacilantes pasos por la puerta del corral, y se halló en el campo desierto, solo en plena sombra, en plena tempestad, en pleno horror de su conciencia, azotado por la lluvia furiosa, combatido por el salvaje huracán, cegado por los vivísimos relámpagos, y llevando sobre sus espaldas un cadáver caliente aún, y sobre su conciencia un crimen horrendo, por primera vez en su vida sintióse cobarde; ¡él, el rey de los contrabandistas, avezado á saltar precipicios con las riendas de su potro entre los dientes, disparando su trabuco á diestro y siniestro y amenazado por cien bocas de fuego en las batidas de la sierra! Deshecho el encanto, el sortilegio, la fascinación irresistible con que aquella mujer le enloquecía y dominaba, apareciéronle con terrible lucidez tres atormentadoras visiones: su crimen, su madre, su remordimiento infinito. A la violada luz de un relámpago vió claramente perfilarse ante sus ojos los descarnados contornos de la horca infamante, y

creyó percibir el lamento de su vieja adorada que caía, muerta de dolor y vergüenza, al pie del patíbulo.

Sintió que las fuerzas le abandonaban, flaqueáronle las piernas, sudor helado brotóle de la raíz del cabello, y como sonámbulo, obediente al impulso recibido y ansiando arrojar su espantosa carga, acercábase con inseguro andar al gigantesco Tajo.

Por el fondo de la ingente cortadura bullían y gargoteaban con temeroso hervidero los desagües de las sierras que, salvando fragosidades, cortando calizas y perforando bancadas de areniscas, despéñanse en la célebre garganta y corren tumultuosos á engrosar el Guadiaro.

Cuando Curro llegó junto á la arista viva del Tajo, las rachas del huracán soplaban tan impetuosas, que le sacudían amenazando derribarle; los truenos eran tan horrísonos que parecía rajarse la bóveda del cielo; y el pobre mozo temblaba asaltado por supersticiosos terrores. Sin fuerzas ni alientos acercóse á la orilla del precipicio, y anhelando librarse de aquel horrible peso, recogió todas sus energías, tomó impulso... pero, al voltear con ímpetu el saco para lanzarlo á lo hondo ¡espanto indecible! sintióse cogido y alzado en el aire cual si el cadáver asiera de él; arrojó un alarido trágico, describió una curva violentísima, y voltigeando vertiginosamente por entre los salvajes cantiles verticales, cayó como atado y uncido á su víctima al negro fondo del abismo.

La Rondeña, para completar su obra, había cosido fuertemente el saco que contenía al muerto á la chaqueta del vivo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL PADRE «ME ALEGRO» (*)

I

En Sevilla y en el Convento de la Merced Calzada, vivía á los comienzos de este siglo un humilde fraile, tan obscuro, olvidado y menospreciador de sí mismo, que podía decirse que su personalidad consistía en no tenerla. A despecho de lo cual logró hacerse célebre no sólo en el Monasterio, sino en la ciudad entera y aun en muchas leguas á la redonda, siendo caso de admiración que todo su prestigio y nombradía procediesen de su propia insignificancia, desprecio y anulación de sí mismo, puesto que debió su notoriedad á su absoluta renuncia del albedrío y perfecta conformidad con la voluntad divina, de cuya completa negación á todo humano bien veníale la posesión del Bien Supremo, que inundaba su espíritu de paz y de perenne placidez su beatífico semblante.

Como fiel expresión de aquella interna bienandanza, brotaba de continuo á los labios del

(*) Traducido al francés por Mr. René Halphen y publicado en la *Nouvelle Revue Internationale*, de París, y en *L'Union*, de Niza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

religioso una ejemplar sentencia, que era juntamente el lema y la síntesis de su vida.

Bien podrían llover sobre el P. Josef Cordero—así se firmaba—toda suerte de pruebas y tribulaciones humanas y espirituales, que aviniérale lo que le aviniera, el santo varón, sin que se le anublase la sonrisa, exclamaba acatando con delectación los decretos supremos: "¡Me alegro... por mejor lo habrá hecho Dios!"

Y como la devota sentencia no se le caía de los labios, comenzó á ser conocido mediante ella, y vino al cabo á recibirla por sobrenombre, al cual debió su grande y extendida fama.

Así, en toda Sevilla y aun en muchos lugares vecinos, de donde venían las gentes á conocerle atraídas por el olor de su santidad, nadie sabía el verdadero nombre del mercenario, y todos le apellidaba á una voz el P. *Me Alegro*.

Sobrenombre piadoso que al andar de pocos años llegó á ser en Sevilla sinónimo y dechado de cristiana paciencia y saludable estímulo de santa conformidad.

Y al paso que, como semilla de bendición, se propagaba el ejemplo y crecía la fama del venerable, aumentaba y ensanchábase en torno á su confesonario el cerco de penitentes y se multiplicaban los avisos á la portería en demanda perpetua del P. *Me Alegro*, de quien solicitaban los novios la bendición nupcial, los padres el bautismo para sus hijos, los moribundos la absolución y el Viático, los enfermos la salud ó la resignación y los atribulados el buen consejo, como si los felices quisieran recibir de su mano la ventura y los infortunados el alivio y medicina de sus males.

Y como no todos los frailes de aquella casa habían de ser santos, ni aun siéndolo dejarían por ello de tener su alma en su almario y sus nervios sensibles, su sangre inflamable y su tanto de dignidad y amor propio, cualidades inherentes á la condición humana, si bien harto moderadas y contenidas bajo el yugo de la obediencia y humildad monásticas, lo cierto era que aquel incesante asedio al confesonario, á la portería y aun á todo el convento en demanda y solicitud continua del P. *Me Alegro* y aquel perenne coro de alabanzas al buen hermanito, tan lego en teología como ayuno de toda suerte de letras humanas y divinas, no halagaba ciertamente á la comunidad, donde había tan reverendos Maestros y tan doctos Presentados.

Además, en opinión de la mayoría de aquellos conventuales, la perdurable jaculatoria del P. *Me Alegro* venía á veces tan fuera de propósito, que antes que prueba de mansedumbre parecíalo de falta de caridad, porque aquello de contestar á la nueva de una desgracia con el sacramental *Me alegro...*, ni pizca de gusto que daba á los interesados, pues aunque luego viniese á cohonestarlo todo el *por mejor lo habrá hecho Dios*, el daño estaba ya hecho, y como la carne es flaca, á ninguno le sabía á mieles el que el frailecico se regocijase de su infortunio. Y discurriendo de tal suerte, no faltó quien insinuara esta idea: ¡Vaya, que si al Padrecito le ocurriera algún mal, no se alegraría con tantas veras!

Pero Dios, que vela por la inocencia de los justos, permitió un caso que vino á poner de

manifiesto la virtud de su siervo para que se viese palpablemente que no en vano su palabra divina prometió la bienaventuranza á los pobres de espíritu y á los mansos y humildes de corazón.

II

Sonaba ya la *queda* de una de las noches de invierno más negras, lluviosas y crudas que conoció Sevilla, cuando llamaron con recias aldabadas á la puerta del Convento de la Merced. Soñoliento y malhumorado acudió el lego portero, arrimando á la mirilla del postigo una linterna, á favor de cuya luz comenzó á examinar al que llegaba.

El cual no se dejó observar despacio, antes con voz alta y destemplada, gritó:

—¡Abra, abra pronto el hermano, no ve que me calo jasta los güesos!

Descorrió el lego los cerrojos, y de improviso, casi arrollándole al entrar, arrojóse á la portería un hombre alto, fornido, moreno, cerrado de patillas y entrecejo y envuelto en ancha capa de grana que chorreaba agua por todos sus pliegues.

—¿Está el P. Me Alegro?—preguntó el recién llegado, sacudiendo casi en la cara del lego el encharcado sombrero cordobés.

Miróle rápidamente el hermano, y conociendo en su traje, desgarro y apostura, la persona arrogante de un majo de los de rumbo, apresúrose á contestar:

—Sí, señor

—Pue yámele de seguía, que er caso aprieta.

—Pero... ¿le parece á usted que estas son horas de...?

—¡Las mejores!—afirmó el bravo.—¡Y al avío, hermano, ajorremo saliva, que los majos no tenemos aguante de frailes!

—¿Pudiera decirme el señor majo para qué busca á su Paternidad?

—Es caso de confesión y no *armite* plática ni *saistifaisione*. ¡Y basta, que no he venío á *desaminame!*

Habló el guapo con tan apremiante dureza que el bendito lego, farol en mano, partió á todo correr escaleras arriba.

No se hizo esperar el buen religioso, siempre solícito al llamamiento de las conciencias; antes acudió con tal premura, que hacia la mitad de la escalera cayó violentamente, y tras de rodar más de diez escalones, dió con su cuerpo tan duro golpe en el ancho rellano que, arrojando al desplomarse mortal gemido, vino á quedar inerte y como cadáver á los pies de un crucifijo que allí, en mitad de la blanca pared, se alzaba, y ante el cual lucía perpetuamente una lámpara de plata.

Al sentirle caer y al mirarle inmóvil y como difunto, volvió el lego á subir, y corriendo desalado por los claustros, llamaba á todas las celdas á los gritos de ¡auxilio! ¡socorro!

Atraído por el estrépito de la caída y por las voces del lego, instintiva, inconscientemente, trepó el majo de dos en dos los peldaños de la tendida escalera, y al llegar al descanso, detúvose ante el cuerpo exánime del fraile, á quien la blancura de los hábitos y la palidez del ros-

tro daban toda la apariencia de marmórea estatua yacente.

No era el majo, aunque temerón y rufián, ateo ni indiferente —como no lo era ninguno de sus contemporáneos;—pero ¿qué trágico movimiento determinó en todo su sér el aspecto del inanimado religioso, que súbitamente abatió la cabeza y se quedó como petrificado y sin alma, junto al cuerpo del venerable mercenario?

Exhaló éste un gemido ténue, como el de un niño enfermo, y derramando una mirada opaca y débil, pero llena de celestial caridad, sobre el aterrado *jeque,* tendióle ambos brazos como para incorporarse con su ayuda, y exclamó con inefable acento, á punto que, precedidos por el lego, acudían á socorrerle varios frailes:

—¡Durillo fue el golpe, hermano; apostaría que me quebré las piernas! Pero... ¡Me alegro..., por mejor lo habrá hecho el Señor, sin cuya voluntad no se mueve la hoja en el árbol!

Al oir aquella exclamación de conformidad sublime, los frailes se detuvieron admirados; y el valentón, cayendo de rodillas ante el postrado religioso, cuyo semblante reflejaba su interna bienandanza, rompió á llorar con resoplidos de fiera, exclamando con voz anegada en lágrimas: ¡Padre, Padre, su mersé, que es un santo en la tierra, perdone á este gran pecador!—Y después, bajando la voz, continuó al oído del lastimado sacerdote:

—Padre mío, yo soy el novio de *Saliuta Primores,* la mejó mosa é Seviya, y como su mersé l'aconsejó que no me jablara..., motivao á mi *conduta,* y como eya me dió esta noche con la ventana en la cara... ¿Ve su Paternidá er coló

desta capa? ¡po asina veía yo er sielo y la tierra cuando *dende* la reja de *Salú* vine como un condenao á *matale* á su mersé, Padre de mi arma...! Pero cuando le ví *amortesío,* como yo no soy un asesino ¡jinojo! toita la fogará se me gorvió nieve; y cuando er sielo jabló po su boca, toa la sangre se me jiso lágrima!

¡Ahí tiene su Reverensia ese mardito jierro, y perdóneme, po la Virgen de los Dolores, si lo meresco entavía! —rugió deshecho en llanto el compungido rufián, arrojando al suelo una navaja de las buenas de Albacete.

Arrodillado el bravo á las plantas del venerable, parecía la fuerza dominada por la santidad.—¡Que Dios te perdone como yo te perdono, hermano mío!—exclamó el hombre de Dios, absolviendo amorosamente á su vencido enemigo, mientras los frailes le alzaban con grande esfuerzo, porque se había fracturado ambas piernas.

—¿Lo ven, hermanos míos, como todo lo hace el Señor por nuestro bien?—decía sereno el varón justo á los edificados compañeros que le conducían á su celda.—¡Mi caída ha servido para redimir un alma!

Desde aquel día nadie volvió á dudar de la santa conformidad del P. *Me Alegro,* el aroma de cuyas virtudes se exhala todavía de la mística flor de la tradición sevillana.